

GUILLERMO IBAÑEZ

**CONTOPE
VOSOS DE
JUEGO**

**CRONICAS Y
NARRACIONES**



Guillermo Ibáñez

CONTORNOS DE JUEGO
Crónicas y narraciones

Ediciones Electrónicas Juglaría

INDICE

<u>GUILLERMO IBÁÑEZ.....</u>	<u>2</u>
<u>CONTORNOS DE JUEGO.....</u>	<u>2</u>
<u>INDICE.....</u>	<u>3</u>
<u>PROLOGO</u>	<u>4</u>
<u>PORQUE YO ES OTRO.....</u>	<u>4</u>
<u>ARTHUR RIMBAUD.....</u>	<u>4</u>
<u>ALBERTO LAGUNAS.....</u>	<u>5</u>
<u>CAJA DE IMAGINACIÓN.....</u>	<u>6</u>
<u>“TRANSITIVO”.....</u>	<u>8</u>
<u>“DE UNOS Y OTROS”</u>	<u>10</u>
<u>“Bert”.....</u>	<u>14</u>
<u>“Antonio”.....</u>	<u>15</u>
<u>“Ciudad Mental”.....</u>	<u>16</u>
<u>“El viaje”.....</u>	<u>18</u>
<u>“La puerta”.....</u>	<u>20</u>
<u>“Tiempos”.....</u>	<u>25</u>
<u>“Los espejos guardan una imagen”.....</u>	<u>27</u>
<u>“Ese hombre”.....</u>	<u>29</u>
<u>Noúmeno I: El niño la hoz y la pendiente.....</u>	<u>32</u>
<u>“Breve historia sobre Suecia (por el año 1500)”.....</u>	<u>34</u>
<u>“Valerio Durán González”.....</u>	<u>38</u>
<u>“La gente”.....</u>	<u>40</u>
<u>NOTAS A:.....</u>	<u>45</u>

PROLOGO

Porque YO es otro...
Arthur Rimbaud

De los varios modos posibles de abordar este volumen elegí para este trabajo, centrarme en el nivel semántico o de las significaciones, por ser el que estructura y da coherencia tanto a la cosmovisión del autor como a su posición estética.

El ser y el parecer, conceptos posiblemente abstractos que nos remiten a nociones generales, son – sin embargo – los que estructuran en una primera aproximación estos cuentos. Realidad última y apariencia, estratos de la metafísica, nos dan – trasladados al nivel ético – los conceptos de autenticidad y su contrario: la no autenticidad, que motivan a su vez el accionar de los seres que transitan por estas narraciones. Autenticidad, aún cuando sean quebradas las normas y los hábitos que la generalidad toma como verdaderos. No autenticidad, en tanto la rutina, el hastío, la falsedad, la trivialidad y el automatismo conducen a la insatisfacción y al dolor.

En el plano psicológico se observa asimismo una profunda disociación que habla de escisiones de personalidad fundadas en conductas límites y por los tanto provenientes de personajes límites, como los que pueblan los relatos “Caja de Imaginación”, “Transitivo”, “La Puerta” y sobre todo “De unos y otros”, narración en la cual las preocupaciones estéticas vislumbradas en los relatos que lo anteceden, adquieren ese nivel de “necesidad” que lo constituye en un ente autónomo, en otras palabras, en una lograda creación artística. Las escisiones de la personalidad dan por resultado el tema del “doble” el cual si bien tiene su basamento en Edgar Poe (tal como expresa G.I. en el epílogo) remite a dos concepciones: en primer lugar la concepción de Poe con respecto al cuento en tanto género – lo cual hace que Ibáñez llame con pudor “crónicas y narraciones” a este volumen. La otra concepción proviene del surrealismo, movimiento que toma los estados patológicos de la mente como modos de conocimiento. Esta posición hunde sus raíces en el romanticismo alemán y el propio autor lo expresa al reiterar

algunas fuentes germanas, entre ellas a Hölderlin. Es en este nivel estético o estilístico, donde reaparece una preocupación de los simbolistas, de esa página en blanco diagramada por Mallarmé para su “Golpe de dados” (tal como se advierte en “De unos y otros”) y que, poeta al fin G.I. propone como espacios, para que el lector disponga él mismo esos “sueños que viajan dentro de uno y uno se embarque en ellos”. El polo opuesto del “espacio en blanco” se da en “La Puerta” en donde el despliegue de un discurso moroso, cargado de sugerencias se contrapone con la diagramación propia del poema, en cuentos como el ya nombrado “De unos y otros” o “El niño, la hoz y la pendiente”. El mismo volumen está estructurado en dos partes, lo cual unido a relatos paralelos o “ mellizos” como “Bert” y “Antonio” o “El viaje” nos muestran una motivación más honda. Esta motivación es la base estructurante semántica que une y aúna los polos antes señalados: el polo metafísico del ser y el parecer; el polo ético de la autenticidad; el polo estilístico la disposición cuasi poemática del discurso (y por ende su polo metafórico) y la concepción netamente narrativa (y por ende su polo metonímico). Esta motivación más profunda nos lleva a un mito, es decir, a un modo de conocimiento trans-racional que estructura los temas y da coherencia a los seres del presente volumen. Si bien los mismos tienen las fuentes literarias que G.I. señala en su epílogo antes mencionado (Poe, Yeats, Hölderlin, Blake) el mito al cual aludo es el de Cástor y Pólux, mellizos divinos que polarizan los aspectos disociados del alma humana. Llama la atención que en casi todos los relatos siempre aparecen seres dobles: Bill y el narrador de “La Puerta” (cuento por muchos aspectos antológico), Lucrecia e Ivett en “Los espejos guardan una imagen”, Gerardo y Rou en “Tiempos”, “Bert” y “Antonio” y sobre todo Rubén y Cacho en “La Gente” cuento de corte realista (en lo que el “realismo” plantea como propuesta posible; o en oposición, como en este caso, a un macro texto; es decir, en confrontación con otros relatos de todo este libro) cuento a su vez dividido en dos partes con sus correspondientes subtítulos que corresponden a la nueva oposición “realismo” vs. “fantástico”. Esta gran metáfora o mito hacia el cual remite “Contornos de Juego” es la polaridad del propio ser humano. Los polos antitéticos enumerados no son resueltos en el transcurso de las narraciones. Queda al lector, participe también de la propuesta, realizarlo, ya que el arte, contorno de juego al fin, si bien propone un juego innecesario – en tanto su utilidad no es mensurable como valor pragmático – tienda hacia otro: hacia la instauración de realidades que desde el lenguaje y desde el descubrimiento de los desgarrones propios del hombre contemporáneo, nos devuelve como imagen de este otro hombre que somos también nosotros. G.I. poeta ya reconocido, incorpora en estos cuentos mucha de la experiencia sugerente y profunda de su obra lírica, en lo que ésta – en tanto tal – posee como síntesis metafórica. Lo que hace que sus relatos otorguen a la narración esa sensación de “pre-texto” para una metáfora mayor, que he tratado de desentrañar a lo largo de estas líneas.

ALBERTO LAGUNAS

CAJA DE IMAGINACIÓN

Roberto estaba dentro de esa caja con paredes de vidrio, viendo y describiendo para sus adentros, el mundo que pasaba, se detenía, sonreía, cruzaba, se encontraba, saludaba; un mundo indiferente con gentes cabizbajas, personas que, tal vez caminaban mirando el infinito, otros las vidrieras, los autos, la altura de algún edificio, los mendigos, las rubias, sombras de sí mismos

sin darse cuenta, entró en el juego de esas cosas, que consistía simplemente, en quedar abstraído de sí mismo y ser espectador de lo exterior a la caja de vidrio. Debo aclarar que él mismo me confesó que nunca hubiera imaginado el título de la narración sino que, en algún momento creyó realmente que el bar de la esquina de y era esa caja de vidrio. Hasta se preguntó cómo escribiría las historias quien las escuchara, de qué forma yo, en definitiva el narrador, transmigraría el personaje real de los hechos; cómo encajaría él en mis narraciones.

Me decía hace unos días, que quizá le asigne roles que no le pertenecieron, o tal vez, al leerlos, se sienta descubierto. También cuáles serían mis enfoques, mis juicios sobre las actitudes de los protagonistas. Preguntaba, qué culpable sugeriría al lector, que crítica echaría sobre ellos

a pesar de todo, Roberto, aunque participe de ese juego, permanecía guarecido dentro de la caja. Cuando alguien pasaba y le saludaba, recién entonces podía salir de su encierro, un poco como rescatado por sí mismo al embarcarse en una idea exterior a sí mismo. Pensando cómo era quien le había saludado, donde iría, si lo vería, etc.,;se podía evadir de la caja.

Creo haber escuchado que al principio fue un entretenimiento – eso dijo – que ideó para no aburrirse mientras esperaba a

Varias veces alguien conocido pasó, pensó en quién era realmente, si detrás de su máscara de sería tal o cual cosa, pero no pudo salir, creyendo entonces que la dificultad consistía definitivamente en salir, hasta que pasó fulano, a quien todos dicen “el inglés”, médico vecino años atrás del barrio de Roberto, de apellido extranjero, doctor, y que su señora no vestía tampoco tan

y que su enfermera secretaria parecía tal cosa, y si ella sería la misma que una vez que lo fue a visitar estaba vestida con unas zapatillas así y así y que

estuvo esperando a que él atendiera a su último paciente a las siete y media de la tarde, y que mientras esperaba quedó un tiempo detenido observando un cuadro de que representaba dos rostros fundidos en uno de un color ocre y rojo y otro dibujo en cepiade una anciana sobre fondo beige y paspartú gris y luego lo recibió, lo convidó con un cigarro cubano tan bueno y charlaron sobre el club y la elección (ya casi estaba fuera) de la nueva comisión directiva que fulano no parecía un tipo tan correcto como para integrarla; que mengano ya había estado demasiadas veces en comisiones anteriores y ponerlo iba a permitir que los socios pensarán que no se iba a cambiar nada si metían gente vieja, (como sucedió) y luego comentaron sobre política y si el ministro podría por la secretaría de promover una solución para los y si el otro iba a ser electo o no – luego lo fue – y así diversos temas hasta la hora de la cena – ya estaba fuera totalmente – que se dirigieron al restaurante y se encontraron con invitándolo a su mesa

y así tanto y tanto que el entretenimiento conciente se fue esfumando y cuando quiso saber si en realidad se había podido rescatar de la caja, comprobó que estaba tan fuera que no podía regresar a sí mismo dentro de la - su – caja de vidrio, que ideó para no aburrirse mientras esperaba a su amigo, quien, cuando llegó y le dijo

-Qué tal...pero qué te pasa...qué mirás así..? recién entonces pudo regresar

- 1973 -

“TRANSITIVO”

Rou estaba cansado de la rutina. El trabajo. La casa. Los días tales para ir al cine o a casa del (aburrido) matrimonio Cross a cenar y jugar a la canasta y

Días, semanas, meses, años sin que nada cambiara

En su casa, un estructurado plan de qué hacer, que ponerse, en qué sillón sentarse para leer el diario (en ese sillón tenés buena luz, no me explico por qué te vas al a leerlo, ahí estás cómodo,) en que habitación fumar o no hacerlo, manejaba los momentos que (si en cambio de me hubiera quedado a vivir con en o hubiera seguido viajando) pasaba en su último baluarte, nunca conquistado, el “hogar” (aquí siempre vas a encontrar cariño, comprensión, compañía, en ningún lado te van a atender como blá blá blá

al que él hubiera debido modificar o determinar, pero se le adelantaron debido a esas cosas, a través de la imaginación, Rou siempre buscó evadirse un poco.

Soñaba vivir las aventuras de en su época, y se imaginaba a sí mismo, vestido de e imaginaba su vida, sus tiendas de campaña, sus victorias, sus conquistas contra los bebiendo el céculo del triunfo

En el fragor de la lucha, corriendo el segundo día de un encarnizado combate, se produjo un choque con la caballería enemiga, en procura de mantener cada bando, la posesión del río que ambos tratarían de utilizar como defensa natural. Con puesto de avanzada sobre la margen opuesta en el violento encontronazo, fue herido con un certero golpe de espada entre el cuello y el brazo derecho que le hizo caer su arma y derrumbarse del caballo

la sangre se confundía con el agua y casi se lavaba al caer de su montura se perdió en las correntosas aguas dejando el tinte de sangre tiñendo despiadadamente el color puro que lo rodeaba, lo que sirvió de pista para que algunos de sus soldados al verlo desaparecer,

abandonaran la lucha y formando un círculo de armas y cuerpos lo sacaran, para llevarlo al campamento que se levantaba en la orilla este todos procuraron atenderlo, era un soldado que siempre había combatido al frente de su legión y se había convertido al correr de los años en un héroe, al que todos acudían para
Los físicos buscaron todos los medios para curarlo pero
Mientras agonizaba, un sabio anciano que acompañaba a los combatientes se le acercó y le relató la siguiente historia:
(debatirse entre soñando vivir Él mismo esa acción)

“ En otros tiempos, allá por el año , un hombre que había escapado de su ciudad, que era abatida por los invasores bárbaros, logró llegar a un monte desde donde perdió hasta la visión de lo que en ella sucedía, se internó en las alturas y las malezas inextricables de la montaña y vivió un tiempo engañado de haber podido evadirse, pero una noche, en la gruta donde había preparado refugio, después de comer algunas de esas plantas que habían sido único alimento desde que se le terminaran los víveres que había reunido al escapar, se durmió y soñó que él mismo, trataba de volver, una vez terminada la guerra, a la ciudad, pero al procurar descender las alturas, comprobaba que la montaña, había sido rodeada, ex profeso, por una corriente inzanjable y rápida que se lo impedía. En el intento de vadearla se ahogó.
Días después, algunos soldados de la ciudad, buscando enemigos que pudieran estar escondidos entre las malezas o en las cuevas de la montaña, encontraron el cadáver de aquel hombre”.

- 1973 -

“DE UNOS Y OTROS”

Somos perseguidos por los perseguidores de siempre que no pueden permitir que alguien nosotros nos vayamos así a las alturas desmedidas de la noche sin tiempo y podamos descubrir las estrellas con el humo de nuestra mente siempre en incendio en gestación en monotonía en muerte

yo, les dije que debíamos esperar la última recorrida hasta ver desiertos los patios y encendidas las luces del los cuartos que se apagan cuando los médicos y los que ni siquiera pudieron llegar a serlo hacen dormir a las enfermeras o alguna que otra escogida con el producto de la sumisión engaño o dormir soñar para el vejamen diario y antojadizo de sus frustraciones como seres libres de sus envidias por los ojos que se pueden evadir de sus y ellos contribuyen a todas las cosas que recuerdo haberles dicho

yo, en cambio, opiné que debíamos vengarnos destruirlos matarlos

sólo él (seguramente se sigue llamando como entonces lo tienen anotado así: Monomaniaco de soledad, parecía resignado y no gritaba, casi ni hablaba (cuando recién lo habían llevado – traído - , dormía entre sus propios gritos), y le pusimos el nombre de roberto Silente y ahora mismo no debe querer irse

somos perseguidores de los perseguidos de siempre que creen en la vida como alguna vez uno quiso creer sólo que nosotros estamos en el camino de regreso y Ellos van enceguecidos de ilusión tratando de engañarnos con sus “ataques” consiguiendo solamente desatar en nuestras manos el deseo inconmensurable de aplastarlos,

y, dónde nos queremos ir La pregunta se nos encaja como un hacha que la idea de la huída nos hubiera tenido preparada desde siempre para cuando llegase ese momento

**no se hagan los idiotas quédense quietos es un calmante para que puedan dormir
a éstas lacras sociales deberían eliminarlas**

si desaparecieran nos dejarían tiempo y el espacio que ocupan para poder nosotros mismos

ninguno de nosotros lo sabe pero la consigna es escapar y si ellos siguen apareciendo y pasando por delante de las ventanas de las celdas dormitorios (salas atestadas) husmeando y nosotros corriendo a acostarnos y volviendo a levantarnos para husmearlos a ellos la única posibilidad es la expuesta por Segundo porque roberto S no tiene idea de hacerlo

si no estuviéramos nosotros aquí que sería de la vida de ellos para qué servirían porque ellos viven para algo y ese algo son ellos mismos aunque piensen que el algo somos nosotros

irnos Porque Ellos van a llegar a lo mismo
Toque el timbre enfermero, atacaron al doctor y rompieron una reja

Ya están en el corredor de salida van hacia la puerta,
Avisen a la policía. Estos tipos son peligrosos Vaya a saber qué barbaridad hacen por ahí

cuidado Segundo
por el corredor grande vienen los enfermeros y
Después del primer golpe al doctor no teníamos miedo, parecía que nos embarcábamos en una nave vertiginosa que nos llevaba a la “libertad” en los torrentes rápidos de las puertas y los corredores y entraron para buscarnos – aunque desprevenidos pensando que habríamos seguido hasta las habitaciones de la dirección y la oficina de personal – en el cuarto que une el corredor final con la sala – pintada de un gris agobiante – que teóricamente debía ser para las visitas

Las visitas no están permitidas y aunque estuvieran quien y entraron para buscarnos en el cuarto que une el corredor final con la sala en el cuarto Segundo y yo los esperábamos con los ojos inyectados y las manos temblando –sí, a pesar de todo teníamos miedo- y el pulso tenso haciendo puente entre las coyunturas de los brazos y los pedazos de madera –patas de sillas – que descargamos con el rigor mismo que ellos usaban cuando nos ataban para “curarnos” y detrás de nosotros también matando huyeron varios.

La vida no parece habernos alcanzado. Segundo y yo transitamos caminos distintos

Un día al abrir el diario, mientras tomaba el café, antes de ir a la facultad vi en foto y con largo comentario la inigualable cara de eterno suicida de Segundo.

No encontré hacia donde ir la
pregunta me trajo de nuevo aquí y soy el perseguidor de los
perseguidos de siempre que realmente no sé que pretenden eludir
tratando inútilmente de
y yo asumo mi venganza de venganza por haber permitido que
hubiera una primera vez para Ellos para mí que inició toda una
primera vez que me trajeron para y ahora - todo está dado-

nosotros (estos son los nuevos que todavía no se conocen lo suficiente
aunque se perfilan varios como candidatos a caudillos de sala – lo llamarán
más adelante – quique sombrío o espectro Quique; sala 1º; Luis XX o
veremos; sala 2º; willy abismo o tal; sala 3º
estamos en no saber qué
estamos en no saber nada de los por qué no vale la pena y seguimos
tratando de irnos salir de este (es un verdadero jugar a algo terrible)
todos menos él, que parece estar cansado de ver o hasta, a lo mejor, de
hacerlo
de irnos a pesar de las mil cruces de las ventanas y de los pasillos que
parecen – todavía no hemos tenido oportunidad de averiguarlo – no conducir
a nada a ningún lugar desde donde

ahora tratan de qué pobres imbéciles no se dan cuenta que
todo está dado y siempre fue así Pero el proceso continúa
indefinidamente y algunos aparecen en las crónicas otros ni se
mueven del lugar que se les asignó otros se curan o escapan y
estudian medicina y son compañeros de trabajo, colegas
en cambio ellos juegan a la desesperación como niños con
cerebros dinamitados (o es una imagen fotográfica que se
interpone entre las letras grabadas en el papel y mis manos ojos
deseo de verlas) son miles de niños con la cabeza en una mano y
un cartucho encendido en la otra
y lo peor es que sus labios muestran una sonrisa amplia y sus ojos
mantienen la expresión de admitir la proximidad de la
como si ese fuera en realidad – antes de tomar conciencia a través
del tiempo de todo lo que me hace dudar en este instante- lo mas
cercano a la perfecta actitud instintiva de comenzar

estamos planeando como hacer y vigilando los movimientos de los médicos y
enfermeros que pasan a cada rato por las celdas dormitorios husmeando

No encontré hacia donde ir la pregunta me trajo
hasta aquí y la decisión se mezcló entre motivos y sueños
Verdaderos motivos e insomnios y vi miles de chicos contra las
paredes de la vida, con ojos permisibles a la muerte y
escupiéndose a sí mismos
difícil o fácil, fue por última o primera vez mi elección lo que
quería, deseaba Estar en

solo a mí me tienen anotado y ahora, el nuevo médico entre los que
quedaron de ellos mismos, me llama silente y me ha hecho agregar otra cruz
en la ficha de mis antecedentes.

1972 -

“Bert”

Antonio vivió hasta el año pasado. Los pequeños o grandes problemas que debió afrontar en sus treinta y seis años, hicieron de él un personaje abatido que me cuesta poner en un lugar de tal, aunque diariamente creamos que hay muchos en su misma condición que sólo viven en proporción a su identificación con las evasiones.

Él no lo sabía pero a través de los deseos que tenía, era posible imaginar qué le podía ocurrir.

En realidad, la culpa no era propia, sino, de todo lo que formaba su entorno. Una oficina alienante con dos turnos de eternas horas como más de una vez comentó, interpuestas entre toda posibilidad de proponerse algo. Luego al llegar a su casa, escuchar a su mujer protestando, diariamente, monótonamente, sobre las mismas cosas, durante años y años. Luego ver en la televisión que “los que fuman cigarrillos XX, son hombres así y así” y los que usan loción tal enloquecen a las mujeres, y él que no tenía nunca la carambola que alguna (aunque fuera compañera de trabajo) le permitiera con una sonrisa, intentar una modesta invitación para siquiera tomar un café.

A pesar de eso, Antonio hizo todo lo que la publicidad exigía para ser un hombre . Se vestía en y fumaba se peinaba con fijador calzaba en y lo demás. Hasta que una tarde frente a su máquina de escribir imaginó, frente a si mismo el personaje que desearía ser, una figura ideal y hasta un rostro y circunstancias que sólo, alguna vez, vio en escenas de películas en las que actuaba algún divo.

Ese día, volvió a su casa distinto. Comió frugalmente; vio y escuchó con extraña atención el informativo del canal , porque, estaba pensando en otra cosa, a pesar de la mirada absorta en la pantalla. Se irguió del sillón, leyó el diario en el living mientras tomaba varios whiskys,dejó todo y se dirigió al dormitorio.

Apenas cerró los ojos, pensó en las situaciones que viviría si fuera ese personaje que había imaginado a la tarde.

“Antonio”

Bert comenzó a vivir plenamente desde aquel día que el jefe de su sección fue despedido y él ocupó su lugar. Todavía no sabe cómo, pero el hecho es que con poca experiencia y eso sí, mucha simpatía y buen humor, de empleado raso, pasó a ser responsable de toda la sección créditos.

Además Bert era un tipo codiciado por varias de sus empleadas y más tarde por la hija del gerente general, a quien le dio atención suficiente como para que lo nombraran jefe de compras. Realmente es un tipo de esos muy cancheros para esas cosas del escalar posiciones.

Lucrecia, una empleada de la empresa, secretaria privada del presidente de directorio, también le llevó el apunte y sin muchas insistencias, sé que Bert y ella, han salido muchas veces.

Poco después se casó con la hija del gerente, con la señorita Alicia(tal como le decían los empleados cuando estaba presente) y la cuando en su ausencia comentaban las andanzas de Bert con la otra en alguna confitería de moda o en algún rincón solitario de esos que delatan como si uno hubiera querido ir a mostrarse expresamente.

Pero el caso es destacar que él, aparte de sus cosas, sus mujeres sus idas imprevisibles a “un viaje de negocios” era sin duda un tipo que las pegaba todas.

Cada año, se lo veía cambiar de modelo de auto. La casa de fin de semana daba justo a la barranca, frente al río y despertaba la envidia de todo el que pasara. Además ya había ido dos veces a Europa, una de viaje de bodas y otra para hacer relaciones y compras, si lo consideraba conveniente, para la empresa, en la que fue ascendiendo asombrosamente hasta los más altos cargos y llegar a participar de las ganancias.

Solo un altibajo en su existencia me lo mostró temeroso. Una mañana al levantarse, quiso llamar a un amigo por teléfono. Fue hasta el escritorio, consultó su agenda, la guía, las tarjetas amontonadas en un cajón pero no vio por ninguna parte el número ni ningún otro dato de su amigo A. Moreno. El asombro y la confusión le crearon un conflicto interior. Diría yo, entre su posible pérdida de memoria y su necesidad imperiosa de cómo asumir las responsabilidades de su trabajo en sus condiciones.

Bert se debatió amargamente hasta que Antonio Moreno despertó y después de despabilarse y ver claramente lo que sucedía, intentó dormirse nuevamente. Ante la imposibilidad de hacerlo tomó todos los somníferos del frasco nuevo.

“Ciudad Mental”

Todo, dentro del zoológico, armonizaba con el orden impuesto por los reglamentos. Hasta los gritos, (según dijo un internado); eran de volúmenes permitidos.

En las jaulas primera y segunda, que pertenecían al lado derecho del edificio, vivían los animales menos peligrosos, sin custodia permanente y con entretenimientos recreativos, todo lo cual les permitía una libertad que La tercera, era un poco la transición para los progresivos que indefectiblemente, iban a parar a la cuarta o quinta. En la tercera ya no existía público, casi nada de sol, comidas especiales y algunas otras condiciones que no voy a repetir.

Las interesantes, a manera de laboratorios experimentales eran las 4^o y 5^o, donde los animales estaban no solo privados de sí mismos, sino sometidos constantemente a pruebas escalofriantes.

- Hoy nos toca divertir a los guardianes con ataques provocados por el frío y el detestable purgante que traía la comida de ayer, que tuvimos que comer, porque era la misma de antes de ayer, que muchos, comieron sin decir palabra (los más viejos en estas jaulas). Nosotros, el “raya”, Luis y yo, que recién arribamos a la sala tercera, aún nos resistimos a comer el día que sabemos toca limpiarnos, y luego mirarnos y luego analizar y catalogar y anotar y repetir y duchar y hacer caminar dos, tres, cuatro, todas las horas que ellos quieren, hasta que los pies y las piernas

o hacernos parar con las manos en alto quince minutos. Veinte, siglos, de pensar que sobre los brazos de uno pesa el universo.

Los de la tercera jaula asisten a juegos terapéuticos que determinarán su posible regreso a las jaulas 1^a y 2^a, o su definitivo traslado (para siempre, para final) a las posteriores en el orden numérico.

Me llamo Roberto, casi diría que junto con “el raya” y Luis, estamos transitando la involución de todo un proceso. Al principio paseábamos por el parque, nos entreteníamos con arcilla, modelando, con lápices dibujando sobre rugosos papeles, el limitado paisaje que se brindaba a nuestros ojos a través de las rejas. Hoy, en esta etapa, estamos sin salir más que un momento a la mañana, en el que nos obligan a realizar ciertos ejercicios físicos

y caminar por no más de treinta minutos, (lo que es un cálculo aproximado ya que sin relojes, ni referencias, estamos perdiendo un poco la conciencia del tiempo), las visitas disminuyeron en forma alarmante y es muy posible que se deba a un cartel que hay a la entrada de este pabellón y reza “ CUIDADO – PELIGRO – LA DIRECCIÓN DE ESTE (ZOOLOGICO) NO SE RESPONSABILIZA POR ...” firmado (Perro Guardián) Dr. Equis, Equis. Director.

No sé realmente si los internados han encontrado la clave de los números progresivos, pero es importante destacarles y no porque alguien me lo haya dicho, sino porque se me ocurre a mí simplemente, que los de cuidado son los de las salas 1ª y 2ª, que

- Soy el más antiguo de esta sala. Mis compañeros, como asimismo yo, somos internados que hemos mejorado tanto que nos hemos readaptado a la sociedad y ahora trabajamos en el marco del contexto social. Tenemos nuestras familias, hijos, autos, vacaciones, fin de semana, acciones y hemos erradicado de nuestra mente todo tipo de complejo, trauma, y vivimos felices como cualquiera de ustedes. Con decirles que convivimos prácticamente con la gente totalmente libre y compartimos el trabajo con los de la oficina de al lado, la número dos, que sigue en orden numérico a la nuestra.

Lo curioso son las inscripciones de los letreros de los pabellones o jaulas. Los del ala derecha del edificio están reservados para “SALA DE MEDICOS”; “OFICINA DE PERSONAL”; “PRIVADO”. Las de la izquierda advierten: “CUIDADO – PELIGRO”; “NO ACERCARSE”, “PRIMERA ENTRADA – SALA QUINTA”.

Y al mirar las salas uno y dos, se me borran las inscripciones. No sé por donde comenzar la inspección. Ni sé si las quejas tienen razón. Ni sé si la crónica que vengo a realizar favorecerá al fin a unos o a otros. Ni sé por donde comenzar mi internación.

- 1973 -

“El viaje”

Will había salido con un pequeño maletín de viaje, llevando lo imprescindible.

Los caminos que se abrieron desde el momento que llegó a la puerta del edificio, se multiplicaban constantemente al transitar cada calle; presintiendo que toda nueva ansiedad, se perdería al conquistar el arribo a las cosas que deseaba.

La estación de ferrocarril, se erigía con esa vieja estampa de casi todas las estaciones del país. Campanario. Techos de cinc a dos aguas. Dos o tres vías terminales (solo en Capital hay muchas más). Cierta penumbra sofocante. Paredes con revoques rotos. Columnas antiguas pintadas de colores vivos sosteniendo los techos. Paredes escritas, pintadas, sobre escritas y sobrepintadas. Cierta resaca de humo y un cálido sentimiento de despedida, (así lo sintió él), coronando los andenes por los que un momento después, partiría rumbo a

Los sueños viajan dentro de uno y uno se embarca en ellos o por lo menos, se esconde en la bodega tenebrosa de las huestes oníricas, que a su vez, viajan como polizones, en las horas de la memoria. Y por eso, más el agregado de la carga que implica la conciencia; todo impide arrimarse a una ventanilla y responder que necesita un pasaje hacia algún (cualquier) pueblo, claro y sombrío a la vez, lejano, azul y rojo. Tranquilo, eso sí como condición imprescindible. Un pueblo que se llame Olvido y en el que los sueños y la vigilia paseen tomados de la mano, por calles sin tiempo ni distancia

ese pueblo (con o sin nombre), en el que, tal vez, pudiera encontrar una estancia de paz y calor, de suavidad y cielo que complaciera la espera de tantas noches y años.

Las proyecciones de Will sobre algunas cosas lo enviaban directamente a distancias inconmensurables. El Tibet. Alexandra David Neel y sus peregrinajes y vivencias por inexploradas latitudes. Costumbres y ritos.

Toda una mitología que había intelectualizado y mistificado con pretensión espiritual, que, según su parecer, podía hallar en el transcurso de los años Y así descubrió que necesitaba viajar.

donde los hombres, cansados de pequeñas realidades comiencen a descifrar sus almas y cada espíritu sea para sí mismo y los

demás un sendero abierto que con fervor se abre al primer paso y se nace a

El único camino se abrió a sus ojos como una explosión de luz y comenzó a transitarlo, extrañado de no haberlo podido descubrir mucho tiempo atrás, cuando sus intuiciones con respecto al Todo y sus conceptos sobre el vivir (por una ruptura con las cosas del mundo) se le había brindado y por el solo y simple motivo de su entropismo y de su querer confirmar todo, sin arriesgar sus días a un viaje interminable, no había aceptado.

uno mismo y se dejan de recorrer distancias exteriores y se percibe que el periplo de sí mismo tiene su fruto, los caminos se iluminan y se camina apartando las cosas y pudiéndolas igualmente amar pero proyectando hacia lo interno todas las expectativas de sus imaginaciones.

Bien pudiera haber podido volver a despertar y relatar si su viaje era una realidad o un sueño. O un pasaje sin retorno en el tren del suicidio.

- 1974/75 -

“La puerta”

La edad, no la podría precisar ahora. Cinco, seis, siete años; no sé. Y varios años después, la posibilidad de constatar su existencia. La casa era muy antigua. Yo vivía en ella con mis padres y abuelos. Jugando entre sus paredes, solo, o descubriéndola un poco cada día. Sus numerosas y amplias habitaciones de la planta baja, lucían, ahora lo veo, un antiguo mobiliario cargado de arabescos, que entonces, me hacían sentir (si mal no recuerdo la sensación) como en una de esas casonas que años después vería aparecer en películas de misterio y que interpreto, agobian a todos los chicos, deseosos de ver colores, formas más simples. Habitaciones con los balcones y ventanales abiertos y que a pesar de eso, ahora rememoro con tanto cariño y respeto como antes no lo supe tener. Porque aquella casa guardaba tantos secretos como puertas, como detalles de los muebles, como cuadros o memorias que escuchaba relatar a mis abuelos sobre la gran guerra, sobre el tío Bill que no llegué a conocer o como todas las otras cosas que en ella había. Particularmente los muebles del comedor, que alto como soy ahora apenas me llevarían unos ochenta centímetros; pero entonces eran como una montaña llena de figuras talladas y cristales grabados. Y columnas y puertecillas. Y rematándolo todo, aquel reloj del que aún en las noches de este tiempo tan lejano puedo escuchar, cuando sin proponérmelo (como creo que sucede a todo el mundo) aparecen en la soledad de este cuarto blanco, tan negro sin luz; los sonidos de sus densas campanadas que se agigantan más todavía, ahora en este silencio permanente y este tiempo sin horas. Ese mueble coronado por el símbolo del tiempo se ha abalanzado sobre mí en interminables noches de pesadillas que algunos opinan fueron los canales por donde desembocaron los ríos de mi vida. Y los cuadros. Las obras más antiguas de la familia, con extraños personajes con ropajes de colores y expresiones de la más variada significación. El enano con fondo oscuro y traje de chaqueta y pantalones de colores vivos. El soldado con armadura y rostro de pasado y manos de sangre. La mujer tratando de abrazar una roca con forma de cruz en el medio de un mar tempestuoso. La escena de una taberna en Holanda en el siglo XVIII, donde un grupo de hombres jugaba a las cartas, mientras una mujer servía vino de una vasija en copones de metal. Y en la escena había un perro echado bajo la mesa y un hombre de los que jugaban, extrayendo cautelosamente de entre su bota y pantalón, una daga, quien sabe con qué intenciones de mal perdedor.

Y al fondo de la taberna unas ventanas cerradas. La luz de ese cuadro no venía de ninguna parte. Parecía atraer la atención del brillo iluminado de la daga, de los ojos gozosos de unos, calculadores de otros o el brillo de algún reflejo de las copas. O acaso yo no lo pude ver nunca muy bien porque estaba muy alto y sobre un aparador. Y los otros cuadros. Los que había

pintado el tío Bill. Esos monstruos apareciendo entre los ropajes más pulcros de sus personajes. Larvas que recuerdo vi salir de la nariz de un hombre pintado color carne verdosa, al acercarme subido en una escalera, un día que la mucama la había colocado para limpiar la parte superior del aparador. Ese mismo cuadro que cuando el tío Bill murió, escondieron junto con otro en el que se veía una cabeza, una escalera que iba desde su centro hacia arriba y en cuyos extremos había una puerta. Y que bajo la cabeza, en el cuello, se podía ver un roedor.

Tanto mis padres como mis abuelos cuidaron siempre que jugara en uno u otro sitio, pero cuando estaba solo con Dafne, la mucama, ama de llaves y todo lo que se puede ser en una casa de esas, me escabullía de su lado y buscaba abrir todas las puertas que no había podido ver qué escondían. La puerta superior derecha del mueble del comedor, alta por lo menos a dos metros, la llave en el estante superior (lo supe, cuando recorrí parado sobre la mesa, con la punta de mis dedos por sus bordes, tal como lo había visto hacer al abuelo), antes de subir a ver a Bill.

Porque Bill estaba siempre enfermo y acostado arriba y el abuelo le llevaba las comidas que a veces traía de vuelta sin que nadie las hubiera probado siquiera, las ropas y los medicamentos, que supongo serían los que estaban guardados en el lugar que decía, porque al abrirlo me encontré con cajas de pastillas, botellitas de jarabes y todo lo que uno imagina se le da a los enfermos.

Y las puertas. La que conducía a la bodega y no sé qué más dependencias que ignoré siempre porque la puerta de acceso principal tenía una llave que descubrí y con la que alguna vez incursioné entre botellas, latas y paquetes que ahí se guardaban. Pero las de otras puertas nunca aparecieron, porque creo estaban escondidas en el mismo sótano.

Y todas las otras puertas. Y la puerta secreta. La que no descubrí nunca cómo abrir. La puerta que daba a un saloncito donde había una escalera que conducía arriba, al cuarto del tío Bill, y de la que sólo el abuelo tenía llave, permanentemente guardada en su bolsillo. La que llevaba a ese lugar del que desde el patio de abajo, sólo se veía un enrejado que eliminaba las posibilidades de la ventana. Esa ventana que durante años llamó mi atención. Esa ventana de ese cuarto del que provenían voces confusas que no lograba descifrar las pocas oportunidades que estuve en el jardín del fondo al que ella daba.

Unos meses después de cumplir los nueve años, juntaron mis ropas, algunos juguetes y me llevaron (yo creí que a vivir definitivamente) a casa de mi tía Eugenia. Al principio no extrañé nada. Era verano y en esa casa, prácticamente cambié mi vida. Mis primos Eduardo y Catalina, jugaron conmigo como si fueran los hermanos que no tenía. Porque los amigos del colegio en realidad nunca habían sido amigos. Nunca habían venido a casa y sólo alguna que otra vez había ido yo a las de ellos. Creo que me molestaba que no pudieran venir a la mía. Después vi que el silencio que reinaba en ella no lo hubieran dejado destruir por nuestros gritos y corridas.

Asimismo, la disciplina férrea de la Deutsche Schule no permitía más que estudiar y trabajar. No mirar a nadie. No distraerse. Ver hacia el frente, estar siempre atento. Estudiar mucho. No hablar en clase. Y los recreos, tan breves que no alcanzaban para otra cosa que algún juego de momento y cruzar algunas palabras.

Pero con mis primos todo era hermoso. Subir a la higuera. No al manzano porque sus ramas empezaban más alto de lo que alcanzábamos. Desaparecer a las escondidas detrás de los altos ligustros que separan el jardín de la huerta. Jugar con los perros. Descubrir alguna vez que en el entrepiso de la casucha del fondo donde se guardaban las tijeras de podar, la regadera, el aparato de cortar el césped y otras herramientas, se había instalado una gata con su cría, y mientras los perros cada tanto, venían a chumbar hacia donde estaban, nosotros jugábamos con los gatitos, les llevábamos leche y algunas galletitas robadas a la tía .

Pero pasaban los días y debo haber comenzado a extrañar mi casa. Mis padres me visitaban continuamente pero no era lo mismo que acostarse y recibir el cuento y la caricia del abuelo hasta perderse en el sueño. Ni ya eran novedad los primos o el verano y la casa de la tía Eugenia con sus lindos jardines. Ahora era el otoño y desde edad temprana sentía una profunda nostalgia y un vacío que empezaba a prever con aquella charla que no atendí porque no era suficientemente clara.

Ante la insistencia de regresar a casa, en abril o mayo un día fresco y limpio y un viento que jugaba con las hojas derrumbadas de los árboles en algún rincón del jardín, donde formaba remolinos, o en las calles, por las que se las llevaba hasta no verlas más y reemplazarlas con otras que venían del extremo opuesto y al momento hacían lo mismo. Hojas que tenían un tiempo de haber vivido y ahora se iban al fondo de la muerte, caídas, secas, quebradas hasta que el barrendero las juntara y llevara a quemar, u otras que en búsqueda de revivir, se dirigían a las demasiado chicas alcantarillas de las esquinas, como adivinando que después de sus rejas, abajo, había agua y quizá una posibilidad de cambiar su ya determinado destino.

Esa mañana me desperté temprano como nunca y tan temprano como mal a pesar que la noche anterior tía Eugenia había dicho:

- Tengo una sorpresa para vos
- Cuál tía
- Mañana te van a venir a buscar tus padres para llevarte de nuevo a tu casa. Espero que te hayas sentido bien durante la estadía aquí...
- Por supuesto, respondí, muy bien.

Así que me había dormido con la ilusión del día siguiente, pero la ilusión se trocaba en presentimiento.

Así fue. Nunca más el abuelo me contaría sus hermosos cuentos de Gulliver, de Robinson Crusoe y su salvado amigo Viernes, de Tom Sawyer o de las mágicas Mil y una noches.

Había desaparecido y tuve que darlo por entendido. Había muerto y no lo entendí.

Desde entonces fue mi padre quien poseyó la llave de la puerta. Pero como trabajaba afuera y debía salir toda la mañana y toda la tarde y –Por si es necesario-(le había escuchado decir en voz baja a Dafne) se la había confiado a ella.

Ella, por supuesto, no tenía el celo del abuelo, ni la gracia ni la voz grave y profunda para contar los cuentos, ni los argumentos para responder mis incógnitas. Varias veces la vi dormirse sentada en las primeras horas de la tarde, en su sillón vaivén, con las agujas de tejer entre las manos.

La posibilidad de violar la prohibición se iba haciendo en mí. Una tarde decidí hacerlo. Deslicé suavemente mis manos en el bolsillo de su delantal y toqué el frío metálico de la llave. La fui sacando despaciosamente hasta la altura de mis ojos. Era una llave como la casa misma. Extraña. Grande. Rústica. Dorada.

Al principio no me decidí. Al fin tomé la jarra de agua y con el pretexto de llevársela creyendo que la necesitaría, di las vueltas de la cerradura, cerré por el otro lado y por la tenue luz que dejaba penetrar una ventana ovalada, con vidrios de colores, me vi de pronto (un poco asustado), frente a la escalera que ascendía. La jarra demasiado llena, derramó algunas gotas sobre los escalones de mármol. Me aferré a la baranda y subí hasta el final. Allí había otra puerta. Pulsé el picaporte y no logré abrirla. Los segundos que debe haber durado mi indecisión, parecieron larguísimas horas preñadas de una emoción que golpeaba en mi pecho. Decidí llamar. Una, dos, tres veces. Nadie respondía. Volví a hacerlo.

Una voz grave, lenta y suave a la vez, vino del otro lado (o así me pareció).

- Quien es. ¿Sos vos papá? (creí escuchar).

Enmudecí. La voz se acercó más aún.

- Ah,... no, no... cierto..... Dafne? (Me pareció entender).
- Yo tío (me surgió como resultado de una batalla entre mi emoción y mi miedo).
- ¿Vos? (Como no creyendo lo que escuchaba) (ese era el tono que imaginé).

Desde ese día, sin pretextos de ninguna especie, a hora que combiné con él, subía a verlo y de ahí bajábamos unas largas escaleras hasta las habitaciones, que supongo estaban en el sótano de la casa, donde guardaban sus cosas y a las que sólo él tenía acceso. Tal vez, eran las puertas que siempre estaban cerradas de la bodega y que nunca había podido saber qué guardaban.

Charlábamos, me mostraba sus pinturas. Leíamos Blake, Poe, Hölderlin, y otros. Todos sus cuadros están signados por características constantes. La

cabeza o la figura humana completa. Un túnel o una espiral y un punto blanco hacia el que se dirigían cada uno de los personajes. El punto blanco era el plano más lejano y era la Luz, como él decía. Los colores restantes casi siempre estaban en el azul y el rojo o sus gamas. La otra serie de cuadros representaba el consciente y el inconsciente, con formas que aparecían de los lados opuestos del cuadro (el superior y el inferior) y buscaban acercarse o unirse a través de formas como tentáculos que ascendían o descendían de las primeras. Tío Bill decía que se debía buscar un puente permanente que mantuviera unidos ambos niveles de la mente. Insistía que los días y las noches eran iguales desde estas habitaciones y que no habiendo reloj alguno, el tiempo era una circunstancia que nada le decía. Cuando comenzaba a pintar sumido en esa situación puente, todo lo demás desaparecía. Lo circundante (yo mismo lo percibí) se abstraía por sí mismo cuando lo miraba pintar.

Cada vez con mayor frecuencia lo visitaba y cada vez con más gusto y más tiempo. Así descubrí que el tío Bill me había acompañado por mucho tiempo y ya no era necesario. Yo estaba seguro de mi elección. Pasaron otros tantos años sin que nadie llegara a mí como yo lo había hecho a él.

Ahora que mis padres no viven, no sé cuanto tiempo pasa entre una y otra visita de mis primos Eduardo y Catalina, que ya son mayores. Vienen de cuando en cuando a este cuarto blanco que habito desde que derrumbaron la casa. De esto hace como quince años y siempre me preguntan lo mismo al llegar:

- Hola Bill, ¿cómo estás?

Y al despedirse.

- Cuidate, pronto vendremos.

Lo insoportable actualmente es que mis pinturas han variado. Las formas que antes parecían intentar unirse, ahora las represento mezcladas y mezclados los rojos y los azules. El punto blanco que era el centro de los otros cuadros e el plano más lejano, ahora está en primer plano y a su alrededor aparecen accidentalmente figuras y cabezas iluminadas por su luz y los tentáculos que buscaban unirse, ahora aparecen anudados por sus extremos.

Esta vigilia constante, tiene un límite definitivo que a veces me tienta pero del que rehuyo, tratando de encontrar a través del tiempo, un color más claro y puro que el de las paredes que habito.

Aquí hay una sola puerta y no es la que preciso. En realidad, el color que busco, como busco no sentirme constante e ininterrumpidamente atropellado por esos millares de imágenes que cruzan un pequeño puente, el color que busco, decía, es simplemente para pintar sobre alguna pared mi

puerta y con una llave que serviría para abrirla transitar los caminos del sueño.

- 1976 -

“Tiempos”

Gerardo, a los cuarenta años, agotado de una vida agitada por los negocios, la carrera profesional, la soledad de muchos (porque a pesar de ser un hombre rodeado siempre de gente, nadie lograba llenar su espacio interior; ni siquiera una de las muchas mujeres que conoció y a la que amó, ni siquiera aquel amigo que fue quizá lo más cercano, habían podido permanecer realmente cerca, dentro de su vida); buscaba un refugio y por eso rebuscó entre sus viejos papeles y libros, los poemas y prosas que veinte años atrás con tanto amor había escrito.

Revolvió todos los cajones y después de hojear largo rato, encontró una narración titulada “Rou”. El título le despertó una inmensa avidez, mezclada con cierto temor que no supo de donde provenía, decidió leer aquel escrito. Era la vida de un joven escritor que Gerardo identificaba con un rostro imaginario, parecido quizás a sí mismo. Las penurias y afanes por lograr una obra que consideraba digna de ser publicada, y en el trabajo por lograrlo, abandona todo. Y aunque su vida podría calificarse de sufriente y dura, porque sin trabajo, no come casi, ni puede vestirse bien, ni puede siquiera comprarse un libro, es dichoso porque está trabajando en lo que quiere hacer. Su novela. Una novela de tono autobiográfico, cuyo personaje tendrá otro nombre para tratar de huir un poco de su personalidad y quizás también para desde afuera, ver mejor el desenvolvimiento de las acciones, la evolución de los personajes, etc.

El final de ese trabajo, aún no estaba realizado y en cambio, veinte años atrás, luego de la descripción que hice (sintetizando hasta el extremo), había en lugar de la palabra fin, un signo de interrogación que aún ahora le preguntaba desde el papel. Hojeó algunos poemas; miró casi con nostalgia los lomos de libros que en otros tiempos leyera “Poe”, “Whitman”; “Nerval” : títulos amados entonces y ahora dejados en el olvido. Porque justamente sucede eso, quizá lo que se ama se olvida sólo para deseárselo cuando ya no es posible, cuando lo amado se ha olvidado definitivamente de uno y eso podría ser un poco, la trama de un contorno de juego, fuera del cual la realidad nos clava sus garras; fuera del que está esperándonos nadie más que la muerte.

Se sintió casi culpable de ese olvido. Juntó desordenadamente los papeles tratando de escapar de ellos y los guardó en lo recóndito de la casa, tal vez, en un lugar donde no los hallara de nuevo.

Al día siguiente continuó con sus actividades de siempre. Abrió el diario, verificó la aparición de un aviso publicitario de la empresa en la que

trabajaba, desayunó en el bar que ocupaba la planta baja del edificio, fue al garaje, puso en marcha el automóvil y se dirigió a la oficina.

Así continuó varios días, hasta reconocer que se había olvidado de todo lo acontecido esa noche de lectura de viejos papeles. Pasaron meses y años. Dejó continuar su vida en la frivolidad de su trabajo y sus compromisos. Sus fiestas, no ya sus mujeres. Tenía sesenta y ocho años y era socio de la empresa. La diversión más frecuente consistía en la partida semanal de póker, en casa de un amigo, o en la suya. Todo lo demás, era monótono y sin sabor. Los horarios, los diarios. Las revistas de economía y análisis de mercado. La publicidad. El hastío.

Una mañana, decidió caminar por las calles, guiado por un presentimiento o una necesidad. Allí, a diez pasos, salía de una vieja casona, nada menos que Rou, su personaje de la narración, tal como cincuenta años atrás lo imaginara, tan parecido a él mismo cuando tenía veinte y había abandonado las letras para dedicarse a los negocios.

Desde el momento que lo vio, se quedó mirando su figura (lo que en verdad apenas duró unos segundos que parecieron el racconto de toda la vida, porque en ellos, desfilaron imágenes y cosas de su propia existencia y las que imaginaba de su personaje, aquel que había abandonado con un signo de interrogación), detenido, como estático, sin poder moverse un paso.

Al momento reaccionó, mientras Rou ya había descendido el último escalón que lo dejaba en la vereda y se dirigía silencioso, a paso lento, hacia el parque (supuso), distante unas cuadras más allá, yendo para el centro.

Animado por una inmensa curiosidad, lo siguió, tratando de mantener la misma distancia, sin querer que Rou lo viera, pero lo bastante próximo, como para no perderlo de vista. Tal era la fijación en su personaje de antaño, que repetidas veces chocó con otros transeúntes, a quienes ni siquiera pidió excusas. Su mirada iba detrás de Rou que caminaba sin mirar a nadie, sorbiendo un cigarrillo, y dejando escapar para diluirse el aire, las exhalaciones de un humo, que a Gerardo le parecieron, como de un tabaco fuerte y misterioso a la vez, justo el único apropiado para que alguien como él dejara al pasar, o rememorando quizá en la memoria de su olfato el humo que inundaba el attillo de esos años escondidos casi a propósito, como con culpa.

En la última esquina, antes de entrar en la gran vereda que se internaba en el parque y al pasar por una vidriera, Gerardo vio reflejado en ella, no su rostro sino el de Rou. Al mirar hacia donde él estaba no vio más que a unos niños que jugaban con sus bicicletas.

Gerardo buscó a Rou por todo el parque, por las calles de esa ciudad y de todas, pero no lo encontró ni lo encontrará más que en el vano reflejo, fuera de tiempo, de alguna vidriera o un espejo.

-1975-

“Los espejos guardan una imagen”

Lucrecia estaba sola en su casa. Las paredes le devolvían el eco de suspiros exhalados por una persona en quien ella pensaba diariamente. Vivía totalmente sola desde su separación de Farter. Y no era precisamente en él en quien pensaba.

La acosaban varios. Ninguno era su él. Lucrecia, a riesgo de parecer tal o cual cosa, se mantenía al margen de los demás. Parecía esta encerrada en su mutismo. Lo emocional, lo social lo cultural la rodeaba y llamaba. Ella no atendía nada de eso, se conformaba con algunas pocas, muy pocas relaciones. El esposo de su amiga Ivett era, es, mejor dicho; un tipo robusto, alto, cuya voz quedaba flotando en la casa cuando la pareja amiga venía a cenar y Lucrecia después se quedaba recorriendo las habitaciones, oliendo el fino perfume que dejaba Ivett impregnado en el aire oliendo los restos del humo espeso de la pipa de Eduardo. Recorriendo con el suave palpar de sus dedos; los cubiertos, las copas, las servilletas, las sillas del lugar que ocuparan sus amigos rato antes, el apoyabrazos de los sillones del living. Los espejos donde Ivett al pasar, reafirmara su condición felina, su natural gracia, como ronroneando (suponía Lucre), entre dientes su situación de quien posee algo y a alguien, los espejos donde Eduardo ridiculizaba su gentil rostro, como abaratando sus firmes y puros rasgos para hilarizar momentos en que la charla rondaba por los límites del fracaso de Lucrecia.

Los espejos donde encontraba su propio rostro delante del de ese alguien que desde atrás deseaba la estuviera tomando, acariciando. Poseyendo una figura y un nivel como el que Lucrecia tenía, resulta inexplicable que a ninguno de los muchos hombres con quienes tenía roce les hubiera llevado el apunte. Ni siquiera aceptaba (tal vez por una razón inconfesable), las invitaciones que Ivett le hizo varias veces para concurrir a las más famosas reuniones en casa de los Simpson, caracterizadas por un clima sumamente propicio para entablar buenas relaciones, bailar con lo más selecto de los solteros de cuarenta de la ciudad, que por justamente ese clima mencionado no faltaban jamás a las cenas y fiestas organizadas por Lucy Simpson. Era media tarde. Lucrecia estaba en su alcoba. La perseguía sí, el reflejo de todos los espejos de su casa. Soñaba y transpiraba. Gemía. El reiterado sonar del timbre terminó por despertarla.

Trabajosamente se desprendió de su ensoñación que la atrapaba, la poseía, hasta el punto de que al levantarse tomó toda una decisión. Podía ser realidad todo si ese sonar del timbre

Abrió la puerta. La cadenita de seguridad permitió solo veinte centímetros. Ivett del otro lado la saludó sonriente. Lucre contestó apagada. Decepcionada de su ilusión.

- ¿No me vas a invitar a pasar? – dijo Ivett
- Es que.... estoy sin vestir. (Lucre elegía continuar con el sueño lo antes posible, temía que se desvaneciera en la realidad, temía quedarse nuevamente sola) Esperá un momento... yo...
- ¿Estás sola? – Inquirió Ivett, previendo una inoportuna llegada, justo en un momento en que su amiga podría por fin haberse decidido y estar con ...
- No,... estaba durmiendo – apresuró Lucrecia, mientras abría la puerta. Sí sí, estoy sola – ratificó mientras le daba un beso en cada mejilla.

Por detrás de Lucre se escuchó un picaporte que abría una puerta.

Ambas se sorprendieron.

Ivett creyó ver una sombra que cruzaba fugaz y sigilosamente hacia otro cuarto. Inclino y adelanto la cabeza tratando de confirmarlo.

- Vamos Lucrecia, me hubieras dicho que estabas con alguien. ¿ Qué problema hay? (y luego en voz más baja) : - Me alegro y te felicito. ¡Ya me voy!
- Pero si ... (intentó corregir Lucrecia) ...
- Me voy, Eduardo me está esperando abajo en el auto. (Luego en tono de confidencia): - Después, o mañana o cuando quieras ¡ Llámame por teléfono!

Lucrecia cerró la puerta sin comprender del todo qué sucedía. Estaba asustada y feliz a la vez, pero sin lograr que las piezas que armaban el rompecabezas se acomodaran en su mente. Su emoción era de felicidad. Su pensamiento de triste resignación.

Pasó por el espejo del living no sin advertirlo, dirigiéndole una mirada cuasi de ternura y volvió apresurada al dormitorio.

Ya los espejos no iban a importar

- 1975-

“Ese hombre”

Todo el mundo, o mejor dicho; todo hombre que se precie, alguna vez pensó y dijo que lo que necesita es encontrar una isla donde irse a vivir completamente solo, sin personajes ni trabajos ni nada que lo pudiera condicionar, sin trabas sociales o compromisos, sin nada ni nadie. Eso mismo era lo que Edward Souton había pensado infinidad de veces y hoy, borracho y enloquecido de soledad, de comprensión tan total que el escepticismo era una vana parodia de la filosofía comparado con su estado emocional, hoy, Souton había caminado toda la tarde en busca de algo o alguien que lo reconfortara. Sus pasos lentos o ansiosos por momentos, lo llevaron del centro a la orilla del río. De la orilla de un bar. De ese bar a otro. Ginebra y más ginebra. Y por la noche llegar a una fiesta donde “tenía que ir porque lo habían expresamente invitado”. Llegó, saludó y al entrar en el juego, olvidó su propio pensamiento. Discutieron de política, finanzas, mujeres y todo lo que un norteamericano de ese status puede discutir en una reunión social, donde lo que menos se puede hacer es divertirse si no hay algo que llame a tal cosa, una mujer que lo atraiga como para olvidar ese entorno y sumergirlo en la vorágine de las miradas que antes de las presentaciones, son tan habituales entre un hombre y una mujer que posiblemente, terminen, por lo menos con una buena charla cuando uno de ellos, lleva al otro a su casa.

Edward no salió con ninguna mujer. A media noche, advirtió, en medio de la bulliciosa fiesta, que estaba solamente solo y que quienes lo rodeaban en ese momento también eran seres totalmente solos a los que no podía acceder afectivamente, ni creía que ninguno estuviera dispuesto a tan siquiera devolver un pequeño gesto de sincera amistad, de cariño, de compartir ese instante con plenitud. Salió, caminó pensando en la ubicación geográfica de ese lugar tan deseado donde pudiera estar, ya que solo consigo mismo, en algo como el autoencuentro, sin rituales que cumplir con el mundo, con rituales y lentos atardeceres sí, con los que gratificar su espíritu. Con Vivaldi recorriendo todas las estaciones de la vida en las cuerdas de sus violines. Entró en un bar, pidió ginebra y bebió mucho.

Yo me levanto todos los días muy temprano porque prefiero llegar con anticipación al trabajo y tomar un café con algunos compañeros en el bar de la esquina de Wellington y Cronwell en el que preparan (si no dijera exquisito mentiría) un exquisito café a la cubana. Creo que me gusta pues con el frío y la nieve de estos días, le ponen (pareciera) todo rum, con un chorro de café hirviendo.

De pronto uno de mis compañeros me codeó señalándome a un hombre que en una mesa distante se había derrumbado como llorando o descompuesto. Instintivamente me acerqué y le pregunté si necesitaba algo, si se sentía bien, en fin, lo que se puede preguntar, ahora no lo recuerdo con exactitud, en un momento como ese. El hombre me respondió que lo que necesitaba nadie se lo podía dar. Creyendo que era una respuesta propia de su estado,

insistí varias veces. Al fin levantó la cabeza, me miró como se mira por última vez a alguien, me dijo su nombre, quien era, qué hacía, que necesitaba que por lo menos alguien lo escuchara en ese momento, me tomó las manos con las suyas duras y heladas, me contó la historia que relaté al principio y mientras los rayos del sol de esa mañana penetraban con su luz el día, sus ojos se fueron turbando hasta buscarme por todos lados mientras repetía que todavía en ese momento no había encontrado la isla, que inútilmente había caminado cincuenta años, que no hiciera lo mismo, que yo también buscara desde ahora que era joven, que la isla debía ser maravillosa, porque lo otro no lo era. Yo le entendía perfectamente y le apreté las manos y le dije que solamente deben encontrarse todas las islas dispersas y solitarias del mundo y hablar. Que supiera que yo existía, que no se preocupara porque desde ese día yo iba a buscar mi isla y que podríamos hablar, caminar, y encontrar a otros como nosotros. Le dije que podríamos planear expediciones a las almas propias y a las de otros; pero su muerte era inevitable.

Expiró con sus manos en mis manos y me dejó con esta carga, me contagió, me definió en lo que también era mi búsqueda aunque no hubiera llegado a su desesperación. Creo que murió de frío. De frío de soledad. Como pinto y dibujo, representé muchas veces en mis trabajos lo que suponía podrían ser formas o colores. Ahora sé que son búsquedas en el borde de los días y que esta historia cíclica y circular, se la debo contar a alguien que la escriba.

Otras Crónicas y Narraciones

Noúmeno I: El niño la hoz y la pendiente

El niño se acercó a la hoz en un instante de desesperación o quizás fue la hoz la que se acercó al niño – sin que este la viera - traspasando las mutaciones del espacio (presintiendo y presagiándola).

el caso es que la ahora desesperada hoz-niño, niño-hoz se hizo del niño-niño en el tiempo permisible para el rojo y el violeta y la pequeña cabecita de cabellos rubios rodó por la pendiente extraña a su cuerpo

el cielo se opacó y desde el fondo de las tinieblas que nublaban todas las miradas, un rayo – aunque mortecino al principio, luego cada vez más potente- comenzó a iluminar las conciencias, cerradas herméticamente hasta ese momento

los chorros desordenados de las yugulares del miedo, bordearon la construcción de un nuevo mar de preguntas y un cielo sin respuestas.

La pendiente se colocó los brazos y situaciones de incoherencia y modos difíciles y atroces y espasmódicos y abrazos epilépticos de espacio y tiempo, comenzaron a surgir de la espontánea angustia que imposibilitó la asimilación Porque lo contrario al primer instinto de las células, al primer recorrido de las aguas de esos ríos tenebrosos, al primer temor y horror, es el suicidio; no metafísico sino sub-real, subconsciente, subtemporal

Y más después

cuando intentó correr con las piernas del niño sus mismas travesuras y con sus pies matar las mismas hormigas de su mente perforada de cavernas Las hormigas que derrumbaban los túneles y quitaban del medio toda posibilidad vegetal

Y más cada vez

cuando se colocó los ojos y trató de mirar hacia otro lado, mientras sonreía la burla sin tormentos de su insensibilidad

Atemporal Mezcla y memoria

El niño se agachó buscando a la asesina de su instinto sin pedir ayuda a quien todo lo sabía de él, todo lo que ni él mismo podía ya recordar, ver, correr, pensar

La Pendiente indiferente El cielo sin ubicación El aire asfixiado de la respiración de-en-por la Pendiente y no más en los pulmones del niño-niño

El quiso quitar de sobre sus hombros una cabeza que ya no llevaba, que no tenía tampoco la Pendiente ni la hoz. Una cabeza evaporada en cerebros multiplicados. El público ancestral asomándose por encima del sueño

Y totalmente finalizado el caos del insomnio, un hombre trata de escribir un recuerdo, una muerte que lo persigue

pero sigue muriendo y el miedo constela sus expiraciones a cada instante de sombra

porque en la relativa calma de vegetar en los encierros y uniendo las situaciones descritas para encontrar un culpable, una venganza que justifique, esta condena de paredes que impiden el cielo, que impiden el

amor, los pájaros, el río, la vida, les relato que la hoz se tira y muere con la pendiente atormentada en sus propias vigiliass de alcohol por haber poseído lo no suyo

Muere dando un suspiro aliviado por haber cortado la cabeza de una pendiente cruel.

Y comienza un nuevo ciclo (llega el amanecer y los guardianes del zoológico entran como un ejército para incrustar esas bayonetas-jeringas) y se terminan los elementos para describir un nuevo sueño hasta la venidera oscuridad.

- 1968 – 1969 -

“Breve historia sobre Suecia (por el año 1500)”

La historia me la relató un viejo pescador, a quien conocí circunstancialmente, como no podría ser de otro modo, ya que durante un viaje de estudios, difícilmente uno se ocupa de pasear, casi con arbitrario goce, por las costas del Báltico, teniendo tantos atractivos, tan lejos del común latino, en Estocolmo, Kariskrona, Hudiksvall, o cualquier otra de esas ciudades que nos llevan de las narices de vidriera en vidriera, de local o lugar en lugar con extraños espectáculos y consumos exóticos, por las frías y calientes noches invadidas por los oscuros cielos de escandinavia.

Pero el caso, es que de pronto, había salido con un coche alquilado por diez días, tiempo por el que permanecería en Suecia, del que había descendido a pocos kilómetros de Pitea y me encontraba caminando por la costa del golfo de Botnia, cuando casi tropiezo con el viejo pescador, que tal vez sea el auténtico autor de esta historia y yo sólo la repita en un afanoso oficio de escribir ese conocimiento oral que las gentes a quienes no calificamos de cultas, se transmiten de esa forma, reservando para los elegidos los conocimientos y cubriendo con un velo de no palabras escritas, las letras de sus experiencias, de sus ritos, historias verídicas o míticas y que para hacerse mito, debieron tener algo de verosimilitud a los oídos de los transmitentes.

No sé, si realmente llegó a suceder, pero el hecho fundamental es que lo que el viejo me contó, dio resultados de un interés poco usual en lo que escucho, sea real o no el Erick que narraré.

“ en una noche de Walpurgis, cuando toda la aldea estaba alrededor de las hogueras, se escuchó una voz que nunca llegó a saberse de dónde provino, corría el año 1503 y las colinas fueron invadidas por esa voz que antes de extinguirse en el silencio, que sobrevino de una terrible carcajada, anunció el advenimiento al trono de un hijo de esa voz, que por supuesto, todos imaginaron pertenecía a una de las brujas, que trataban de ahuyentar con el fuego de las hogueras.

La primavera que comenzaba ratificó el presagio de la voz, porque en toda la estación, no pudo cazarse lo suficiente para reservar, ni hubo buena pesca, ni nada de lo esperado se produjo y todo lo temido, aconteció ferozmente. En aquel tiempo, reinaba Gustavo Vasa, que fue conocido como Gustavo XX y de quien se decía, había tenido tratos con una bruja para poder lograr un hijo varón, ya que su esposa sólo le había podido brindar dos hijas mujeres que no podrían continuar por línea directa la conducción del reinado y al tercer embarazo, había muerto con la criatura dentro, debido a un mal atribuido a una hechicera, que prontamente hizo saber al rey (vaya a saberse si la susodicha apareció realmente antes de la muerte de la reina o aprovechó la ocasión para hacerlo) que sólo ella podría darle un hijo varón a cambio de ciertas condiciones, que repetir aquí, sería casi alarmante hasta para el lector más prevenido.

Después de algunos días cavilando encerrado en sus habitaciones y azorado por la marcha de las luchas internas y externas, accedió al convenio en busca de una solución para la comarca y la corte.

De esa relación (que no dudo puede haber sido inventada con el fin de justificar al rey, al otro hijo varón que naciera de la nueva boda de Gustavo con la princesa, o en definitiva, con el propósito de echar un velo de justificación religioso y puro sobre los enredos y ahora llamaríamos maquiavélicos enjuagues que volaban sobre y dentro de las cortes de aquellos y todos los tiempos), de esa relación, comencé diciendo, nació en 1504, según se dice, un hermoso varón, Erick, quien a los veintiséis años, por su valor y coraje demostrado en guerras y por la presión que su madre ejerciera sobre su padre, Gustavo XX, éste abdicó en su favor, subiendo al trono de Suecia con una pompa no muy común y un brillo fastuoso cuando corría el año 1530.

Entretanto, Gustavo, que no podía casarse con la madre de Erick, a quien correspondió ser Erick XIV, había desposado a una princesa que antes mencioné, pero tampoco ahora recuerdo de donde me dijo el viejo pescador era, y de quien nació Juan que pronto y como es lógico, celaba a su hermano Erick y empezó directamente a odiarlo cuando accedió al trono, indudablemente desconociendo que existía un pacto secreto que lo relegaba a pesar de su legitimidad como hijo, de la cúspide del poder.

Toda la corte y hasta el mismo pueblo que recordaba a través de ese mito oral transmitido de unos a otros aquella noche de Walpurgis, tejió alrededor del monarca, todo tipo de intrigas haciendo sentir a Eric que vivía dentro de un castillo vacío, dentro de un país vacío y reinando sobre hombres vacíos de algo que lo hiciera sentir monarca, pero por amor, no por miedo. Quienes lo rodeaban, sólo aparecían cuando se los mandaba buscar y se postraban de mala gana, retirándose lo antes que les fuera posible, alegando cualquier cosa para no compartir nunca una comida ni un paseo ni nada donde él estuviera, lo cual, poco a poco lo acostumbró a vivir en el cerco de algunos soldados y la gente de servicio del castillo de Sundsvall, muy cerca de la costa del Botnia y sobre una de las márgenes del río Ljung, donde aún hoy, a pesar del adelanto, se conservan algunas viejas construcciones, casi en ruinas, que recuerdan la época.

La mayoría de los historiadores de ese país, acometen despiadadamente contra Eric, en un revisionismo constante, pero progresivo hacia su difamación, calificándolo de homicida demente, por las sangrientas barbaridades que signaron su paso por el trono de Suecia.

Sin embargo, si recordamos que su madre nunca dejó de ejercer en él una funesta influencia y que sobrevivió al Rey Gustavo y a su propio hijo,(decía el viejo), aún hoy pervive el espíritu sangriento de aquellos nórdicos, las intrigas y sobre todo, el tiempo desde el que miramos aquello, tal vez podremos ser menos subjetivos y analizarlo con ojos no actuales, sino puestos en los paisajes irrecuperables de un pasado extinguido en las memorias de la humanidad.

Xenia, que así era llamada la madre de Eric, la bruja de las colinas que con su voz intimidaba a los festejantes de las noches de Walpurgis, había tenido

que retirarse a una aldea no muy lejana pero fuera del castillo, ya que ni el mismo Eric podía soportar su terrible presencia y la hizo salir de su morada. Xenia prometió vengarse de su hijo por ese desprecio y sentenció que poblaría sus sueños de admonitorios augures.

Durante el tiempo que vivió con él, con su hijo Eric(si es que realmente era suyo), lo había prevenido que si no trataba con mano de hierro a sus vasallos, pronto lo sacarían “como a un cerdo”(esas mismas palabras uso el viejo), del trono. Eric hizo caso perfecto de la conjunción del consejo de Xenia y su fiebre de represalia contra quienes lo habían hecho a un lado llamándolo criminal, loco, advenedizo a ese trono que por otra parte nunca tuvo grandes ejemplos de cordura ni de caridad.

Pero yendo a los hechos y en afán de decir lo que se me ocurre a mí simplemente como la verdad, deberá dejarse establecido que no como medida de represalia sino como juego bárbaro, comenzó a enamorar a Johanna, prometida de su hermano Juan. O hermanastro si observamos los hechos con detenimiento legal.

La cercanía de su grácil figura, la constancia de su presencia hicieron que la desposara, enardecido y turbado por una mujer a la que sólo podría tener a través de un matrimonio, dado que pertenecía a la familia real de una comarca vecina.

Eso, motivó que Juan se fuera a vivir a lo que ahora es Umea, en la desembocadura del río del mismo nombre, desde donde conspira durante meses contra su hermanastro con los habitantes de tribus de la ahora Finlandia y Estonia.

Entretanto, Johanna, era sometida a un trato horroroso por parte de su esposo y rey, lo que no era desconocido para un pueblo que en realidad amaba y anhelaba a Juan, a quien se sumaban cada vez más voluntades y fuerzas.

Erick vivió ensangrentando Suecia hasta con sus propias manos y un grupo leal que le servía de escudo y de ejército personal, con el que vejó y asesinó a varias de las más aristocráticas familias de su reino, pretextando (¿sin razón?), falta de lealtad, conspiración con los extranjeros, intriga o cualquier motivo que sirviera de escarmiento a quienes osaran unirse a la causa de Juan, quien no por salir airoso de Nordmaling, como se verá, tenía mejores intenciones. Erick, alucinado por sueños horribles, en los que veía rodar su cabeza (¿con, sin motivo?), rodeado por un grupo de feroces soldados para quienes la vida consistía sólo en matar y conquistar, en el oro, en las mujeres y en la vida al lado de la muerte en cualquier campo de batalla, y habiéndole Xenia tantas veces prevenido su cuidado de Juan; marchó con un pequeña ejército hacia el río Umea, cerca del cual vivía Juan.

Pero éste, avisado de la maniobra, lo esperó en Nordmaling con fuerzas muy superiores numéricamente.

La batalla fue un espectáculo increíble para algunos pobladores que conociendo oí no el antagonismo entre los contendores, que muchos creían hermanos, vieron radar a los pies de Juan, la cabeza de Erick XIV, rey de Suecia y autoproclamarse (con la vieja voz de las colinas), a Juan; como Juan de Suecia, quien no fue mejor. También en él vivía la venganza.

A entrar victorioso al castillo de Sundsvall, se dirigió a los aposentos reales y asesinó a su antigua prometida. Algunas versiones hacen aparecer a Xenia, habitando nuevamente el maldito castillo de tantos horrores.”

1976

“Valerio Durán González”

En Perú, un epiléptico demente, vive atado a un poste hace diez años. Ese era el titular de un diario del Jueves 10 de agosto de 1972, que aunque me pareciera increíble y agotado de asombrarme, convencido de la factible fantasía, no pude evitar leer la crónica que el cable de Lima, consignaba con datos precisos.

En el año 1932 más o menos, nació en el Distrito norteño de Salas, perteneciente a Lambayeque, un niño que vivió sus primeros (y todos los demás también) años entre la pobreza más extrema imaginable.

Sus primeras comidas consistieron en una leche, que no saben de qué animal del lugar era, ya que al nacer, su madre murió.

Por supuesto no fue a escuela alguna, sus ropas eran harapos (como las de todos los del lugar) y la promiscuidad palabra tan científica o de libro puntillista que no le llega siquiera a la suela de los zapatos al significado de realidad que habría que calificar con ejemplos y adjetivos tan crueles), la promiscuidad producida por el hacinamiento, junto con la desnutrición y el marcar esos lenitivos que sojuzgan a tantos hombre con el pretexto de calmarles el hambre, hicieron de Valerio Durán González, -ese era su nombre-, un extraño personaje que visto desde afuera, tenía realmente un relieve singular; pero que en su aldea era uno más de esos chicos con madre muerta y padre desconocido, o mejor dicho, afortunadamente desconocido.

Los hombres del lugar trabajaban en obrajes y cuando volvían después de varios días, sus entretenimientos eran la borrachera constante, las mujeres, cualquiera fuera y algún que otro juego bestial que prefiero no relatar.

No muy ligero de entendimiento, Valerio fue integrando la comunidad a su manera y algunos años fue con los demás a cortar árboles a los bosques. Su mayor problema eran los ataques de epilepsia que lo abandonaban exangüe en cualquier sitio, descontemos que sin ningún tipo de atención .

Alrededor de 1962, luego de un violento ataque comió y bebió pisco de tal forma, que lo condujo a la locura.

En pocos minutos, con su hacha descuartizó a dos hombre y a una mujer que estaba con ellos y que, según versiones, tenía también relaciones con él.

Cuando hubo concluido, otro violento ataque lo tiró contra el piso y mientras se debatía contra fantasmas (como dijeron los que llegaron con los gritos), lo pudieron desarmar y sujetar.

Al principio fue atado de pies y manos mientras contorsiones de la más variada especie lo golpeaban, mientras le brotaba una espesa y blanca saliva de su boca abierta.

aún boqueaba como un pez al rato de sacar del agua, cuando lo amarraron con una cadena de gruesos eslabones a un poste de cerca de seis metros de altura, desde el cual, desde entonces, grita constantemente, cuando tiene voz, pronunciando ininteligibles imprecaciones. Hace ya diez años que Valerio permanece así y las gentes del lugar se han acostumbrado tanto que ha pasado a pertenecer al paisaje.

1972

DE LA AMISTAD

Nos criamos juntos en el barrio de Alberdi cuando todavía no era lo que es actualmente, algo así como “residencial”. No, en aquel entonces, sólo algunas casas amenazaban con la instalación de familiar de dinero. En general, las demás (entre ellas las casas de nuestros padres), eran más o menos, tirando un poco a

En la escuela sobresalieron varios, aunque ninguno de nosotros fue lo que se dice “un chico estudioso”. A pesar de todo, terminamos. Después, seguí ingeniería y él, a quien todos llamaban “el jorobadito”, algo molesto (mucho más de lo que imagino), por las burlas y con el deseo de abrirse paso en eso que llaman “la vida, consiguió trabajo en un taller y con lo aprendido en el industrial y un poco de práctica por lo visto en el garage de la vuelta, poco tiempo después, se había fortificado con su terrenito y la pequeña inversión en el banco para el día de mañana tener una casita en la que poder formar su

Los dos éramos de Alberdi, después de la plaza por la que ahora pasa el trole, para el lado contrario al del río.

Los amigos del barrio, casi siempre van a las mismas escuelas de la zona y ahí, yo y Cachito; - ahora Cacho, con sus estudios y esa mina que lo sacó de mi amistad-, empezamos a sentir el cariño de quines tienen casi los mismos sueños. Él siempre me decía que cuando saliéramos del industrial, nos pondríamos a laburar juntos y por nuestra cuenta, sin tener que aguantar un trompa como le pasaba al Damián que trabajaba en el taller de la vuelta y que lo tenías como doce horas por día sin pagarle extra, pero como tenía que darle de comer a los pibes y la señora, se la aguantaba. No, nos pondríamos un taller chiquito y poco a poco, con sacrificio, amigos como éramos, no tendríamos ningún problema para progresar, más todavía en una época que los entendidos en mecánica eran pocos

Rubén y yo, “el ruben y el cacho”, como nos decían los del barrio, teníamos distintos destinos

La carrera no fue fácil. Tuve que trabajar medio día y los feriados en una oficina y a veces el Ing. Pérez, me mandaba algunos dibujos para hacerle.

En el ambiente de la facu conocí a gente distinta a la del barrio y poco a poco dejé de ir a la cancha con Rubén y otros muchachos.

Él me decía:”-Claro, ahora te tirás para el centro...¡qué le vamos a hacer!-

Mucho tardé en comprender que entre los muchacho de la barra había una cosa, la más importante que ahora sé, puede tener un humano como riqueza. La lealtad de esos amigos, desde que nos agarrábamos a las patadas con los negros de la barranca, hasta el gesto de decir:-¡Che, si necesitas unos mangos para salir con la mina, tomá!, y darlos con cariño, sin especulación, sabiendo que con esos pesos, contribuían a ser abandonados y pasar una

tarde sin mi compañía, porque hay un instinto posesivo entre los amigos, y el amor, esa primitiva relación que se conoce por los amigos, es de algún modo, anticipo del futuro.

Y en el centro, o mejor dicho, dentro de la misma facultad, conocí a Inés, que desde la primera salida fue mi novia, que abandonó el estudio para atenderme (nunca lo dijo pero creo que fue así, que pronto hizo planes para casamiento y de repente me vi en un registro civil, metiendo con todo gusto la firma.

Hablo de mí para darme a conocer y también para significar que Rubén fue siempre el mejor de mis amigos y el amigo de mi casa. Miles sin exagerar, miles de veces vino a comer y jugar a los naipes con Inés y conmigo. Le encantaban los días nublados de invierno. Le gustaba el café y una copita de ginebra.

Pasaron un par de años, algo así como los que tardé en terminar. A pesar de la separación durante el noviazgo, Rubén y yo, al cabo de ese tiempo, volvimos a vernos, como decía, casi diariamente.

El taller terminó siendo igual al de Damián, clara que como yo no tenía necesidades de pibes ni nada, me aguanté bastante.

Las tardes que el Cacho se iba al cine con la novia, yo estaba en la cancha o me iba al boliche a encontrarme con otros solitarios como uno.

Jodidas eran las noches, cada vez más seguidas, que el Cacho se iba a bailar y lógico, con mi físico, es decir con mi defecto no me animé nunca a acompañarlo y menos ir solo, ya que siempre había tenido algún amigo para ir aquí y allá. Bah,..tenía otros amigos, pero sólo con él se podía charlar, recordar los sueños del taller propio, las anécdotas del industrial, los exámenes. El preguntarle:-Te acordás Cacho?, ¿Te acordás de ese verano que pasamos estudiando como locos para marzo?. ¿Te acordás de la vieja esa de dibujo cómo hinchaba con las carpetas?

Escuchar sus cosas con la mina, digo, con la novia, con Inés. Pero a pesar que ella lo tenía de aquí para allá, fue una pica que me gustó para él, me puso contento el día que la trajo a la casa de los viejos y me fue a buscar para presentármela. Cacho no tardó en casarse.

- Te engayolaron Cachito-, le dije cuando se apareció. La piba me miró como si supiera toda mi vida y fuéramos amigos de siempre.- Me acuerdo que dijo:
- Ah, usted es Rubén, mucho gusto...,Cacho siempre me cuenta sus andanzas de pibes.

Pero me lo dijo con el cariño de una amiga, como debía decirlo la mina, digo, la novia de un tipo como el Cacho.

Cuando ya casados y antes también, en casa de los viejos de él, cuando la facultad y sus cosas lo tenían a mal traer de aquí para allá, yo iba a charlar, tomar mates, primero de manos de Doña Antonia y después, en la casa de la otra cuadra que alquilaron cuando se casaron de manos de Inés y más de una vez, nos cansamos de jugar a las cartas esperándolo, hasta que caía a las siete y media y entonces yo iba a la granjita ,traía algún fiambre, ella

cocinaba algo, cenábamos y se conversaba hasta por lo menos las diez de la noche.

A veces, a la mañana, pasaba por su casa para ir a buscar algo a la mía o de paso para la parada del ómnibus, cuando tenía que correr hasta el centro buscando un repuesto y la llamaba y Inés siempre tenía un vasito de vino, un cafecito, como decía, para tenderme.

- Sentáte, qué querés, un café o un vasito de vino.?Tengo uno que es bárbaro, riojano, me lo trajo mi madre-

Charlábamos dos o tres cosas, algún comentario sobre las noticias del diario y me despedía. A veces, entretenidos en la conversación, pasaba un rato demasiado largo y Cacho llegaba a almorzar, riéndose desde la entrada, sabiendo que si estábamos de charla, era fija que la comida estaba sin preparar y entonces era a esa hora, cuando yo me sentía dentro del mundo compartiendo lo poco que yo podía aportar con mis cosas, y lo mucho que ellos me daban en esa cariño que estoy seguro nunca midieron hacia mí. Ellos eran los únicos que cuando tenían un problema acudían. Los que si yo estaba solo en mi casa, por esa angustia que tenemos los solos, aparecían como si los hubiera llamado para invitarme a una raviolada en casa de Doña Antonia o para recordarme que esa noche o al día siguiente, teníamos un asado en el club o cualquiera de esas cosas que hacían mi vida, porque mi vida era en gran parte la vida de ellos y viceversa. Porque la pena que no pudieran, por el momento,-como había dicho el médico-,tener un pibe era mi pena y mi defecto sé que era un dolor para ellos.

A LOS HECHOS

Mucha Gente, por ese desgraciado vacío de sus vidas, interviene en la de los demás y pone su lengua en la punta del filo de los cuchillos del destino.

Ya ingeniero, recibí en mi oficina un llamado telefónico diciéndome que entre “ese jorobadito y su mujer pasa algo raro”.

Era la primera vez que me decían algo tan aborrecible. Y no es que uno esté en las nubes y no hayan sido muchas las veces, visto la realidad, la maldad de LA GENTE, la injuria, sino que nunca había sucedido en mi vida privada, entre la mujer que amaba, mi amigo y yo. Nunca pensé que se pudiera plantear esa situación. Al principio no le hice caso, me reí. No podía ser. No era cierto. Cómo podía siquiera pensar en la posibilidad

A la semana la misma voz repitió lo mismo y así durante varios días.

Al fin nació en mí esa sospecha y no por Inés, sino por esa inseguridad en uno mismo, esa confusión por razones que no se comprenden porque asaltan la imaginación con dudas.

Me quedé tratando de adivinar quién podría tener la necesidad de difamar a mi mujer, a mi mejor amigo. Para qué. Nadie surgió. Mejor dicho, surgieron montones que resultaron imposibles.

Nuevamente las llamadas hasta que no pude soportar más y la sospecha, una sospecha imposible, horrible, se desenvolvió en mí, al punto de planear volver a casa a deshora para ver qué sucedía.

De las dos o tres veces que lo hice, la última, un día a la mañana, a las once y media (siempre llegaba después del mediodía), encontré a Rubén charlando amigablemente con Inés que preparaba la comida. Rubén tenía un vaso de vino entre las manos engrasadas. Llevaba puesto el acostumbrado overol azul y discutían sobre una noticia del día. Entré en la cocina y ambos me miraron con sorpresa interrogándome el porqué de esa aparición silenciosa que casi los había asustado, más todavía, dado que al entrar, Rubén había dejado la puerta sin llave.

Por otra parte, Inés, con esa intuición propia de las mujeres, ahora lo veo, ahora que estoy aquí, entre estas paredes, me dijo casi como un reproche que ya iban varias veces que aparecía antes de hora. Primero argumentó que la comida no estaba preparada por ser aún temprano y me esperaba a la hora habitual. Luego el tono de su voz se tornó inquisitivo, como queriendo averiguar mi conducta; lo que motivó que pensara en su culpa demostrada, al tratar de adelantarse a mi respuesta.

Le pedí a Rubén que me acompañara al estudio. Me senté y le confesé (sí, realmente era como una confesión, porque todavía no creía en lo que esa voz me había repetido tantas veces), le confesé, decía, la situación que se planteaba. Rubén se enojó muchísimo y me dijo que cómo podía pensar eso no sólo de él sino de Inés que era una muchacha tan buena, que yo era esto y aquello. Que si valía más una voz anónima que miente que toda la amistad de nosotros.

A pesar de todo, le pedí que no visitara más a Inés cuando estaba sola, que justamente por lo amigos que éramos lo hiciera para no tener que soportar la presión de esa voz telefónica constantemente acusándome de ser “el hazmerreír del barrio”

(La risa no se puede transcribir en letras, sino escribiría una risa triste que mojará el papel)

Rubén se levantó, dijo un chau seco que siempre he conservado como el peor insulto resentido que me hayan dicho.

No lo vi por tres semanas, hasta ese ocho de Mayo que sonó el teléfono y la voz de La Gente (así llegué a definir esa voz) aunque no me pareció la misma de otras veces, me replanteó: “ quiere confirmar lo que he venido diciendo por tanto tiempo, vaya al bar de la calle tal y cual y encontrará a su mujer y a su “Amigo” (la palabra amigo la dijo en un tono que me crispó los nervios, un tono que apretó mis dientes y tendió mi mano hasta el cajón del escritorio.

Después de tres semanas de odio hacia mí mismo, hacia mi figura fea que me había impedido triunfar en “la vida”, hacia mi necesidad de amigos que ahora me abandonaban así porque sí, por un hablar de esa gente hija de puta que destila veneno hasta cuando besa la frente de sus hijos, que mataría a cualquiera por cualquier idiotez, que viven hablando mal de los demás; decidí reunirme en un bar con Inés, decirle que por favor

insistiéramos en explicarle a Cacho que no era cierto lo que pensaba, que me dejaran seguir siendo el amigo que siempre y probarle de alguna forma que cualquiera podía inventar una barbaridad como esa para hacer mal. Lo pensé mucho. Al fin creí que la mejor forma de probar la mentira era llamándolo y diciéndole que su mujer y su amigo se encontraban en tal lado, para cuando llegara decirle: “ Ves, como ahora combiné yo las cosas para hacerte venir, bien pudo cualquiera meter la púa y hacerte creer que Inés y yo

Apenas los vi, una rabia de frustración, de furia se desató en todo mi cuerpo. Entré sin que me vieran y tiré muy de cerca. Dos balas al jorobadito ese que detrás de su máscara de bondad me había hecho una cosa tan de hijo de puta y otra a ella, a la mujer que yo siempre había pensado que me quería tanto.

Antes de expirar, Rubén me dijo: - no Cacho, no ves cómo ahora combiné yo las cosas para hacerte venir.

Desde este lugar y estas palabras quizá salve la memoria de ellos.

- 1973 -

NOTAS A:

Breve Historia de Suecia (ALLÁ POR EL AÑO 1500). Según una versión de Snorri Sturluson, las noches de Walpurgis o de Santa Walpurga que menciona Goethe en “Fausto”, también eran festejadas en la Suecia de esa época, tan fuertemente influenciada por los germanos.

Las narraciones de los dobles: Corresponden a ideas como las planteadas por Poe en “William Wilson” (Transitivo”); obra poética de Yeats (Caja de Imaginación) o el “fetch” de los escoceses (“Bert”; “Antonio”; “Ese hombre”.....) porque busca a los hombres para llevarlos a la muerte, tal como cita J.L. Borges en el Libro de los Seres Imaginarios. Ed. Kier 1967

Lo apócrifo de las historias no deja de pertenecer a la realidad o a una realidad distinta de la que se cree mejor conocida y su fatalismo y tragicidad es solo muestra diminuta del trágico mundo que con su realidad acosa la imaginación y la somete.